

# E U N I C E

POR

CARLOS MARTINEZ RIVAS

Dios es infinitamente deseable e infinitamente insoportable. Y cuando quiere manifestarse a su criatura, sin proporcionarse a ella, no puede ser soportado por el ser creado, que se siente absorbido y destruido por ese poder infinito.

CARDENAL BÉRULLE.

## I

*UNA visión legendaria, un elevado discurrir, un pensamiento,  
—tal a Avila sus murallas y su gorjeante azul—  
la rodeaban defendiéndola  
de lo que, extranjero y hostil, podía herir.  
Estoy hablando de tu frente.*

*A los lados están, asomando  
como las alas de dos ángeles sumidos por un costado  
en el muro,  
las dos orejas pálidas, acústicas,  
precipitándose en el remolino del oído  
hasta el fondo. Al estanque del tímpano  
en donde se reflejan  
el trino del ave, la nota del violín, el soneto.*

*Y sobre la pulida nariz que suele hundirse,  
nave en el oleaje de la rosa, buscando  
una exacta respuesta de olor a su pregunta,*



*Carlos Pascual de Lara.*

*se encienden los dos ojos, desde la telaraña  
redonda, minuciosa y azul de la pupila.*

*Y luego, del lecho fresco de los labios, donde  
tu juventud  
parecía haberse tendido ya a sólo madurar,  
de súbito, como el agua en los valles,  
todo se lanza hacia los hombros y los senos...  
después todo es ya quietud y desnudez sin fin.*

*(Sólo en el vientre el vello;  
creciendo allí tal vez por la misma  
secreta razón, aun sólo sabida por él, del musgo.)*

*¡Muchacha! tú estás sentada sobre la tierra.  
Miras.  
Como lebreles tus largas manos posas:  
seres armados guardan la puerta de tu cuerpo.  
Las dos perreras a la entrada del jardín.*

## II

*He tratado de decir cómo eres; de ponerte de nue-  
vo delante de mí,  
¡oh muchacha desnuda!, ¡oh forma pura!, ¡oh  
perfección!  
Porque aunque a menudo te vimos,  
apenas nos percatamos de ti.  
Hablamos mucho de tu gracia porque eso distraía,  
pero ¡qué poco sospechamos bajo el oro de tu piel  
y entre el ir y venir de tu sangre atareada!*

*Creímos que eras bella solamente  
para ser lecho del sol y brillo de la atmósfera,  
y no advertimos cómo sobrellevabas*

*ese penoso y duro oficio de las cosas bellas  
que, tras de su dorada corteza, luchan para  
salvar al hombre de la divinidad en bruto.  
Porque tras de esa dorada corteza, de esa ala de  
cigarra,  
está escondido, tirante, alerta, lo otro. Detenido  
de pronto en su exceso cuando todo iba a estallar.  
Un poco más y el compromiso se habría establecido.  
Un poco más y habría sobrevenido eso,  
lo pavoroso, de lo que nadie osa hablar.*

*Pero de ello, si unos pocos tuvieron noticia es  
mucho.  
Porque tú corriste a ponerte disimuladamente en la  
puerta  
y entonces ya no te vimos sino a ti, ¡oh bello antifaz!,  
con un pétalo resistiendo al golpe del ariete sagrado,  
con un dedo menudo y perfecto evitándonos  
en un diálogo el más terrible de los riesgos.*

*Porque de allí ¿con qué Tablas no regresa-  
ríamos?  
¿con qué ojos no tendríamos que fundir el becerro  
de oro?*

*Es por eso que, para hablar de tu cabello,  
quise esperar hasta ahora.  
Para decir que está detrás de ti como un árbol,  
y como un árbol mucho follaje y sombra esparce.  
Para ocultarnos todo lo que nos haría enrojecer y  
temblar:  
el ajetreo de los ángeles, las poleas de lo monu-  
mental,  
y hasta a Dios mismo en pleno trabajo, incansable,  
con las dos medias lunas de sudor alrededor de las  
axilas.*

*Y tú, muchacha, punto, vértice dulce, ángulo,  
eres allí el nudo tirante de la lid, del combate  
entre lo que intenta revelarse y obtener  
y lo que trata de mantener al hombre al amparo  
de lo que éste no puede todavía soportar.*

*Por eso es que a ti misma te esquivamos un poco.  
Tratamos de cubrirte con palabras  
y adjetivos espléndidos; por temor  
a ver entre tus pliegues algo de lo desconocido,  
pues ¿qué enorme compromiso no traería  
haberlo visto aunque fuera una sola vez?  
por temor a conocerte demasiado, de llegar  
a ser demasiado de ti y entrar en relación  
con lo que ¿quién nos dice cuánto no sería capaz de  
exigir...?*

*Pero tú entretanto, así, como una estrella den-  
tro de su armadura,  
sonriendo pones a todo esto  
un nombre familiar y llevadero: belleza,  
Y haces que de esta lucha, de esta cuerda tensa,  
no brote, ni oigamos los vivientes, nada;  
nada sino esa nota pura a la que el corazón,  
en medio de su afán y su gemir, pueda un momento  
asirse.*

Carlos Martínez Rivas.  
GRANADA (Nicaragua).